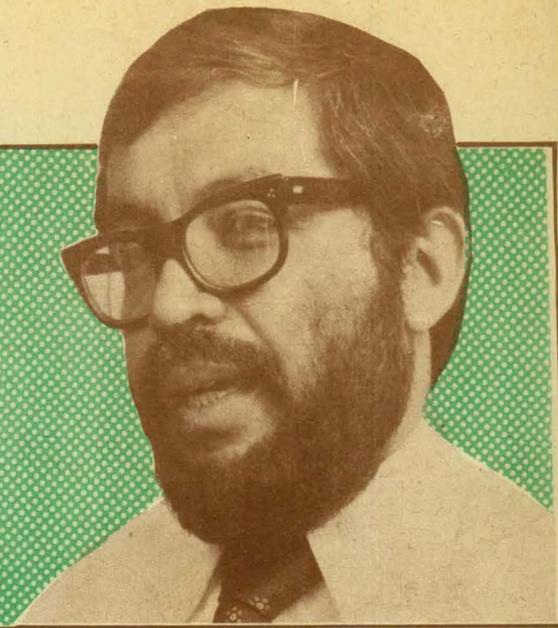


Aplaudir



MARAVILLOSAS

por la frustración y el consiguiente trauma que apareja el fracaso profesional.

Es obvio que, en general, el fracaso dista de ser fácilmente llevadero, pero así y todo es más probable que el campesino sin tierra, o con tierra y sin agua, se acomode menos penosamente a su infortunio que el profesional sin oportunidades de empleo, pues entre nosotros, por lo menos, quien nace y crece consciente de su desamparo tolera mejor su miseria que quien termina una carrera con la ilusión de hallar en el título profesional el instrumento de una vida decente, si no es que próspera, o más que eso, y se encuentra de pronto en callejón sin salida. A futuro, no parece remoto que la desestabilización social y política cuente, entre sus capitanes, con las víctimas más agresivas de la "explosión profesional". Sin exageración cabe decir que diez mil profesionales fracasados resultan más peligrosos que cien mil campesinos miserables, sobre todo porque la toma de conciencia cultural, y la paralela frustración social y económica, se traducen fácilmente en proyectos desestabilizadores de cara al régimen social y político marginador, con inquina poco frecuente en sectores que, tradicionalmente empobrecidos, sobrellevan pasivamente su ancestral estilo de vida.

País de mayor extensión, potencialmente más rico, más poblado en números absolutos, con el paro profesional en cuotas menos altas, México no arrostra todavía riesgos inminentes, mas los afrontará de no tomarse medidas para establecer el "numerus clausus" en primeros ingresos profesionales. Alguna vez comenté con el presidente Luis Echeverría la conveniencia de adoptar medidas para atajar el problema, y recuerdo también que don Luis me contestó que, adoptarlas, sería "propio de un Estado totalitario". Como si te urgiera alquilar una finca, y te negaras a firmar el contrato de arrendamiento con el argumento que profesas ideas políticas de izquierda. Que yo sepa, ni a los alemanes e ingleses arredra que se les llame "totalitarios" por adoptar el "numerus clausus" en el primer ingreso a escuelas profesionales, y menos todavía temen la protesta estudiantil, explicable por otro lado pues no es fácil convencer a los muchachos que se pretende evitarles a la larga males mayores e irreparables. "No me defieñas, compadre" responderán los estudiantes mexicanos a quienes se intente persuadir, y en cuanto a los españoles, ignoro lo que dirán una vez que sólo se reciban 7,250 estudiantes de primer ingreso a Medicina, sobre las 19,000 solicitudes que se presentarán al curso que se acerca.

¿No consideras de gran interés, y orientador sobre todo, que SIEMPRE! —tan al día siempre— promoviera una encuesta entre quienes están al tanto del problema y se deslinden los riesgos mexicanos de la "explosión profesional"?

Hasta pronto, con un abrazo.

críticos, empleando los lugares comunes que atribuyen la conducta de éstos, a la amargura, al resentimiento, a la incapacidad.

No aplaudir no es un delito. Tenemos derecho a ese comportamiento, aunque sólo fuera por división del trabajo, pues ya hay en abundancia quienes aplauden. Su ventaja es que lo aplauden todo. Elogiaron a Echeverría, globalmente, y hoy lo denuestan. Repetirán el rito después de 1982. Por otra parte, los aplaudidores son una inmensa mayoría. La lectura de informaciones y reflexiones sobre la política petrolera en general, y sobre el accidente del Ixtoc I en particular, sometida a cuantificación, probaría que sólo un puñado de reporteros y articulistas, frente a una gran muchedumbre en contra, adoptó una actitud analítica y agresiva, en vez de lo que en contra sugiere la irritación presidencial al respecto.

Sin embargo, aún si fuera verdadera la oposición generalizadamente mezquina a las actuaciones gubernamentales, es el propio gobierno el que la engendra. Fluyen por doquier publicaciones sin ningún contenido y sin ningún alcance, sin ninguna responsabilidad y sin ningún prestigio, sin tradición alguna y sin proyección posible, sostenidas por oficinas de prensa gubernamentales. Y de los medios electrónicos, ni se diga. Allí se ha producido una de las más graves, evidentes y peligrosas claudicaciones del Estado mexicano.

Un examen riguroso de las dos docenas de diarios que se publican en la ciudad de México probaría inequívocamente que casi ninguno de ellos es rentable económicamente, sujetos a un estricto régimen de libertad de empresa, desprovistos de los auxilios gubernamentales. Algunos de ellos desempeñan, no obstante una función social y política de la que no puede prescindirse, pues son portavoces de intereses sectoriales, o de opiniones individuales cuya difusión es saludable para la colectividad. Pero diarios como **Rotativo**, por poner un sólo ejemplo, que carecen de circulación, de respetabilidad y de contenido apreciable, dan una idea clara del enturbiamiento que en materia de información ha sido propiciado por el gobierno y por algunos de sus titulares.

Para agregar vituperio a la injuria, quienes usurpan el mando en **Excelsior** se erigieron, el 2 de septiembre, en indeseados representantes de la opinión periodística para protestar contra las expresiones presidenciales. Los amarillistas y chantajistas se ofendieron de que se les llamara amarillistas y chantajistas. Es preciso que el engaño que resulta de una aparente gallarda actitud sea descubierto. Como ocurre con toda revolución de sargentos, la que propiciada por el presidente Echeverría golpeó para siempre a ese diario en 1976, engendró en el momento mismo de incubarse los gérmenes de su propia destrucción. Precisamente un año después de aquel golpe los dos principales cómplices de la porción interna de aquel golpe pelearon entre sí. Díaz Redondo expulsó a Betanzos, y ahora acaba de comprar su silencio con una indemnización millonaria. Pero la gentecilla que lo acompañó en el golpe, que lo ve con razón como su igual no contiene su impaciencia para a su vez echarlo, ya que él mismo les mostró el camino. Si a ellos se agregan sus errores en la conducción de un gran diario, que ha caído hasta permitir la diatriba soez aun entre los propios colaboradores del periódico en una indicación de la catadura a que se ha rebajado ese importante cotidiano, se comprenderá por qué era urgente dar un golpe de teatro como el del domingo 2 de septiembre. El editorial de primera plana de aquel día, y la carta sin nombres aparentemente representativa del sentir extrañamente unánime de una gran diversidad de firmantes, harían las veces de un seguro: ¿quién, fuera o dentro del periódico, osaría en este momento impulsar acciones contra la actual dirección del diario, sin que se viese en ello la fea mano de la represión gubernamental? O en todo caso, ¿no es bonito caer como presunta víctima del atrevido ejercicio de la libertad de expresión cuando en realidad el verdugo es la propia ruindad?

Ya se ve, pues que aparte de su importancia en sí mismas las adversas opiniones presidenciales sobre la crítica y la comunicación en general, carentes de fundamento en tanto que generalizan en exceso, van produciendo resultados peores que su propia gravedad.